

SAN PABLO DE LA CRUZ (1694-1775)

Pablo Danei, que en la profesión religiosa (1741) tomó el nombre De la Cruz para indicar la radical pertenencia a Cristo crucificado, nació en Ovada (Italia) el 3 de enero de 1694 de Lucas y Ana María Nassari. La madre sacó adelante 15 gestaciones y sufrió la muerte de 9 hijos. La sucesión de nacimientos y de ataúdes marcó el ánimo de Pablo. Aprendió de su madre a mantener la serenidad y saberla infundir en torno a sí, a tener en orden y limpios la casa y los pocos muebles y a dar pequeñas sorpresas en las fiestas para animar a la familia. Experiencia que continuará en la comunidad pasionista.

En 1713, al parecer en la fiesta de santa María Magdalena, al oír un discurso del párroco, tuvo una luminosa experiencia de Dios Amor, misericordioso y justo. «Dios me ha convertido a la penitencia», escribió, y sentía que sólo entonces «había empezado a conocer realmente a su Dios». Entre 1715 y 1720 percibió la llamada a fundar una congregación centrada en la memoria de la pasión de Jesús, vista como «la más grande y estupenda obra del divino amor». Sometió al director espiritual y al obispo sus inspiraciones. El obispo, tras largo discernimiento, reconoció la presencia de Dios, le dio el hábito negro y le ordenó hacer 40 días de retiro en un aposento contiguo a la iglesia de San Carlo al Castellazzo, escribir la regla para la congregación y las experiencias espirituales para que él pudiese discernir mejor la acción de Dios.

En aquellos días Pablo llegó a comprender a Jesús como don del Padre. De esta comprensión nació en él el empeño, expresado por un voto emitido también por sus religiosos, de vivir la memoria de cuanto Jesús hizo y sufrió por el hombre y promoverla entre la gente mediante la vida y el apostolado. En efecto, estaba convencido de que si las personas se acordaban del amor de Jesús no pecarían y se convertirían y comprometerían en la práctica de la virtud. Por la misma razón promovió la comunión frecuente, incluso diaria para el que vivía virtuosamente. Durante casi 40 años Pablo se encontró sumido en la desolación espiritual. De su experiencia personal Pablo formula un principio: «No se puede pasar a la contemplación de la divinidad inmensísima sin entrar por la puerta de la humanidad divinísima del Salvador». Desarrolló esta enseñanza sirviéndose de los temas evangélicos de Jesús «puerta», Jesús «vida» (cf Jn 14,6.7.9) y Jesús «en el seno del Padre» (Jn 1,18), convencido de que incluso en los estadios más sublimes de la contemplación no se ha de «perder de vista» la humanidad del Salvador, no con atención imaginativa, sino con intuición mística de amor, que él llama «visión de fe», «mirada de amor».

Si la persona es dócil a la acción purificadora de Dios y practica generosamente las virtudes, «el Amante divino» la atrae a sí «y la diviniza por entero [...]. Entonces el alma, totalmente inmersa en estas penas y dolores, hace

una mixtión amorosa y dolorosa, o dolorosa y amorosa» y ejercita las virtudes incluso de modo heroico. El fruto más alto de esta participación en el amor y el dolor de Jesús es el abandono generoso y perseverante a la voluntad del Padre celestial hasta decir con presteza: «Así te ha gustado a ti, oh Padre, y así me gusta a mí» (cf. Mt 11,25). Este abandono filial a la voluntad del Padre lo ve Pablo como un bautismo en el Espíritu Santo. «Toda vez que nos abandonamos al divino beneplácito somos bautizados en el Espíritu Santo y nos convertimos en hijos de Dios».

Pablo, con su vestición el 22 de noviembre de 1720, dio inicio a la Congregación de la Pasión de Jesús en Castellazzo, pero organizó la primera comunidad en el Monte Argentario, entonces Stato dei Presidi, y obtuvo la primera aprobación pontificia de la regla en 1741. Llamó a los conventos «retiros», para indicar la soledad en que debían estar a fin de favorecer la oración y el estudio de los religiosos para que se convirtieran en óptimos predicadores y directores espirituales. En efecto, decía que un director espiritual, «además de ser muy docto, debería ser también hombre de altísima contemplación, pues sin experiencia no se entienden las altísimas y estupendísimas maravillas que Dios obra en el alma». Fundó en Tarquinia las religiosas de vida contemplativa, llamadas también «monjas pasionistas», deseando que sus monasterios fueran escuelas de oración para las mujeres, admitiéndolas en la clausura para los ejercicios espirituales.

En este monasterio se desarrollaron en 1811, por obra de la marquesa Magdalena Frescobaldi Capponi, las Religiosas Pasionistas de San Pablo de la Cruz dedicadas a la educación de las jóvenes que habían caído en la prostitución o corrían peligro de caer en ella.

El servicio apostólico, que transmitió a la congregación, se extendió en la predicación y en la dirección espiritual a un gran número de personas. Se distinguió por el empeño en convencer a las personas, incluso a las menos cultas, a dedicarse a la oración e hizo de la misma una obligación específica para sus religiosos, porque él esperaba ayudar de este modo a las personas a tomar más conciencia de su propia dignidad mediante el recuerdo del amor personal de Jesús y a que actuasen así con sus mismos sentimientos. Murió en Roma el 18 de octubre de 1775. Los procesos de canonización se abrieron en Roma en enero de 1777 y se cerraron en julio de 1779. En 1786 el P. Vincenzo Strambi publicaba la primera biografía. De 1792 a 1803 tuvo lugar el Proceso Apostólico. A causa de los tumultos políticos la beatificación se celebró el 2 de agosto de 1852 y la canonización el 29 de junio de 1867. Su veneración ha permanecido viva en los pueblos donde predicó. Su conocimiento y aprecio como uno de los más grandes místicos del s. XVIII italiano comienza con la publicación de su epistolario en 1924. *(Texto de C. Giorgini)*

Concédenos, Señor, que el presbítero san Pablo, cuyo único amor fue la cruz, nos alcance tu gracia, para que, vivamente estimulados por su ejemplo, abracemos con fortaleza nuestra propia cruz. Por N.S.J.

Composición, Manuel Longa Pérez

